

ANGELITOS AL CIELO

Nace un hijo... y vibran de amor todas las fibras del corazón de sus progenitores.

El niño encuentra, al venir al mundo, un sér lleno de ternura en la plenitud de su intensidad: la madre.

También el corazón del padre se estre-
mece de placer; pero no hay en esta emoción la ternura, el desinterés, la abnegación que palpitan en el pecho maternal.

Para ella, el hijo es una parte de sí misma, un sér de vida arrancado de sus entrañas; para él es un heredero que le enorgullece, una derivación de su sér que le sobrevive y perpetúa.

Padre y madre se desviven por su chiquitín, en quien el mundo se compendia. Pero el amor del padre es tranquilo y reposado; el de la madre lleno de besos y caricias, de expansiones y vehemencias.

El padre, desde que se siente ennoblecido con su nuevo título, piensa en hacer de su hijo un hombre grande. La madre, ajena á todo interés y á todo egoísmo, ama al niño con amor intenso y generoso, lleno de abnegación y sacrificio.

¡Oh cómo se funden sus amores en aquel tierno niño que les mira y les sonríe, haciéndoles columbrar en lontananza venturas fantásticas é inefables!

Pero un día el niño tose. Los padres que le oyen, acuden en seguida á ponerle abrigo temerosos de mayores males. Tose de nuevo, y sobresaltados se desviven pensando que el niño se halla enfermo, que se les puede morir... ¡que se les muere!

Entonces son los continuos sobresaltos, las noches pasadas en vela, las horas de desasosiego y tortura, las preocupaciones mortales, las fatigas infinitas.

Se sienta el padre al borde de la cuna, donde percibe la respiración fatigosa de su hijo enfermo, y la angustia le ahoga, y se retira. Pero la madre, sentada al lado del enfermito, no puede apartarse de él,

su anheloso respirar la atrae, y clavada allí parece que con sus amorosas ansias quiere infundirle de nuevo el espíritu que se le va, la vida que se le acaba.

Pidiéranle la vida, y su vida daría aquella madre porque viviera su hijo. El es su aspiración, su felicidad, su todo. Sin él no comprende para qué puede querer la vida.

¡Muere!... el padre en su dolor amargo siéntese desgarrar el corazón; mas no sale un grito de sus labios, aunque las lágrimas que se escapan de sus ojos bajan escaldándole las mejillas: su dolor es grande, pero mudo. La madre, en cambio, llora derramando ardientes lágrimas, y exhalando á gritos desgarradores ayes. Olvídale todo, hasta su propia consideración personal, porque para

ella no hay nada en el mundo por encima del amor que debe á su hijo idolatrado.

No hay dolor á este dolor comparable. Sólo se encuentra algún alivio, cuando pasados los primeros momentos, las santas creencias de nuestros padres parece que nos dicen desde arriba:

¡Tu hijo ha subido al cielo...!

S.



Ha subido al cielo...!



UN NIÑO CÉLEBRE

(ADAPTACIÓN)

Caminaba un franciscano en dirección á Ancona (Italia), cuando al llegar al lugar denominado las Grutas de Montalto, apareció ante su vista un niño de aspecto tan atractivo, como pobre y desarrapado, que cuidaba de una manada de cerdos.

—¿Qué camino es el más corto para ir á Ancona? — preguntó el franciscano.

—El más corto es el más peligroso; pero yo os acompañaré.

—¿Y si abandonas tu ganado?

—Este será el guardián — dijo el niño echando á andar y acariciando á un hermoso perro que gruñía al caminante.

—¿Cómo te llamas?

—Félix Peretti, para serviros.

—¿Tienes padres?

—Felizmente, sí; pero tan pobres, que no he visto en mi casa más que privaciones y tristezas. ¡Si conociérais á mi hermanita!

—Por lo visto, la quieres mucho.

—¿Cómo no he de querer á mi hermana? ¡Si yo pudiera trabajar para mis padres y para ella!

—¿Qué te gustaría ser?

—Papa! — contestó el muchacho con firmeza.

El religioso se sonrió y le dijo: —no me parece mal la elección del oficio; pero ten en cuenta que para desempeñarle necesitas ser sabio, justo, bueno, indulgente, piadoso...

—Pues ni siquiera sé leer! — replicó con marcado acento de amargura.

Cuando llegaron al buen camino, Félix rehusó las monedas que por sus servicios le ofrecía el religioso, y éste le dijo: —No

olvides que estoy en [el convento de los franciscanos de Ascoli, y si insistes en ser Papa, ve allá, preguntas por el hermano Pacomo y te ayudaremos en tus propósitos.

—Entonces, hasta pronto.

Félix volvió á su casa más contento que de costumbre, contó á sus padres lo que le había ocurrido y les pidió autorización para ir á Ascoli.

Trabajo costó á los padres acceder á los deseos del pequeño; pero la protección ofrecida no debía despreciarse, y Félix partió de su casa.

Después de un largo camino llegó nuestro caminante fatigado á una gran ciudad; tenía hambre y sueño y sólo disponía de un ducado, por lo que se detuvo

vacilante. Llamó esto la atención de dos personajes que junto á él pasaban, y el más anciano le interrogó.

—¿Qué te sucede? ¿dónde vas?

—Voy á estudiar para hacerme Papa.

—¿Y qué haremos con Pío V?

—El ya es viejo y yo... soy joven.

Compadecidos y movidos por la simpatía, los desconocidos le convidaron á almorzar.

Durante el almuerzo expuso Félix los propósitos que le animaban, mostró que poseía facultades poco comunes, y al terminar, le dijo el más anciano: —Toma esta carta y dí á los frailes de Ascoli que te enseñen á ser Papa, puesto que lo deseas.

Félix no sabía qué contestar ni qué hacer, y con visible emoción exclamó: gracias, gracias; pero decidme, ¿cómo os llamáis?

Y el desconocido respondió: Soy el Papa Pío V.



Félix, después de una carrera brillante, vió realizados sus deseos, y la historia le conoce con el nombre de Sixto V.

Su pontificado dejó imperecedero recuerdo: extinguió el bandolerismo en el territorio pontificio, hizo desecar las lagunas Pontinas, fundó una nueva población en Montalto, dió gran impulso á los estudios de la Universidad de Bolonia, acabó la Basílica de San Pedro, construyó un acueducto de 22 millas para dotar de agua á la ciudad, convirtió en pública la Biblioteca del Vaticano y fundó una imprenta para la publicación de obras griegas y orientales.

ASUNCIÓN RINCÓN.



LA ENVIDIA

La envidia es natural al hombre, y sin embargo, es un vicio y una desgracia á la vez. Debemos, pues, considerarla como un enemigo de nuestra felicidad y procurar sofocarla como á un mal.

Séneca nos lo ordena con estas bellas palabras: «Disfrutemos de lo que tenemos, sin hacer comparaciones; jamás habrá felicidad para aquel que es atormentado por el deseo de otra mayor». Y además:

«En vez de considerar cuántas personas os preceden, pensad cuántas os siguen». Debemos, pues, considerar más frecuentemente á aquellos cuya condición es peor, que aquellos en que nos parece mejor que la nuestra.

Cuando desdichas reales nos hieren, el consuelo más eficaz, aunque derivado de la misma fuente que la envidia, será la contemplación de sufrimientos más grandes que los nuestros; y, al lado de ésto, el trato frecuente de las personas que se hallan en nuestro caso, de nuestros compañeros de infelicidad.

Ved lo que respecta al lado activo de la envidia. En cuanto al pasivo hay que observar que no hay odio tan implacable...

G.



Averígüelo Vargas.

Es un dicho muy frecuente, cuando hay que buscar alguna cosa difícil. No está desprovista la locución de fundamento histórico.

Refiérese que los Reyes Católicos, en todo asunto de importancia apelaban al dictamen de su privado el licenciado Vargas, hombre doctísimo y modelo de discreción. Desde entonces, cuando á uno le mandan averiguar algo difícil y penoso, suele decir para evitarse molestias: «Averígüelo Vargas».

TRIUNFO DEL «AVE MARÍA»

Cuando los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, tenían sitiada la ciudad de Granada para arrancarla del poder de los musulmanes, diariamente se celebraban, á la vista de la ciudad y del campamento, empresas caballerescas que daban celebridad á los combatientes de uno y otro bando.

Una de las más famosas fué la realizada por Fernán Pérez del Pulgar, valeroso caballero cristiano, quien, en unión de otros quince amigos, por él escogidos y alentados, penetró sigilosamente, á favor de la obscuridad de la noche, en la ciudad de Granada, con ánimo de ponerla fuego y apoderarse de ella mientras los moros, atraídos por el incendio, descuidaban su defensa.

No pudo ver cumplido su deseo, porque una patrulla de soldados mahometanos los descubrieron y dieron el grito de alarma; pero, queriendo dejar allí un recuerdo suyo, clavó con su puñal, en la puerta de la gran Mezquita, un pergamino con esta inscripción: *¡Ave María!*; hecho lo cual, abriéndose paso con su temible espada por entre la multitud que lo cercaba, salió al campo con sus amigos, llegando ileso al campamento cristiano.

Esta heroica hazaña fué conocida después con el nombre de «Triunfo del *¡Ave María!*»

MANUEL M. TAMAYO.



El premio del bien obrar.

Dos meses llevaba de ahorrar Andresito, guardando en la hucha con afán prolijo regalos, propinas, cualquier donativo de padres ó abuelos, de hermanos ó tíos.

No era codicioso, ni era avaro el niño, era que quería comprar soldaditos para hacer batallas y ganar castillos, jugando las tardes con sus condiscípulos.

Tras mil privaciones y mil sacrificios, juntó dos pesetas y creyóse rico.

Para hacer la compra recibió permiso, y se fué á la tienda por sus soldaditos.

A una niña entonces vió, en el punto mismo, tropezar y caérsele un jarro de vino. Lloraba la pobre, el jarro hecho añicos, y su llanto amargo conmovió á Andresito.

Compró jarro nuevo, lo llenó de vino y lo dió á la niña... Un placer vivísimo inundó su pecho, y embargó su espíritu: *¡era el dulce gozo del deber cumplido!*

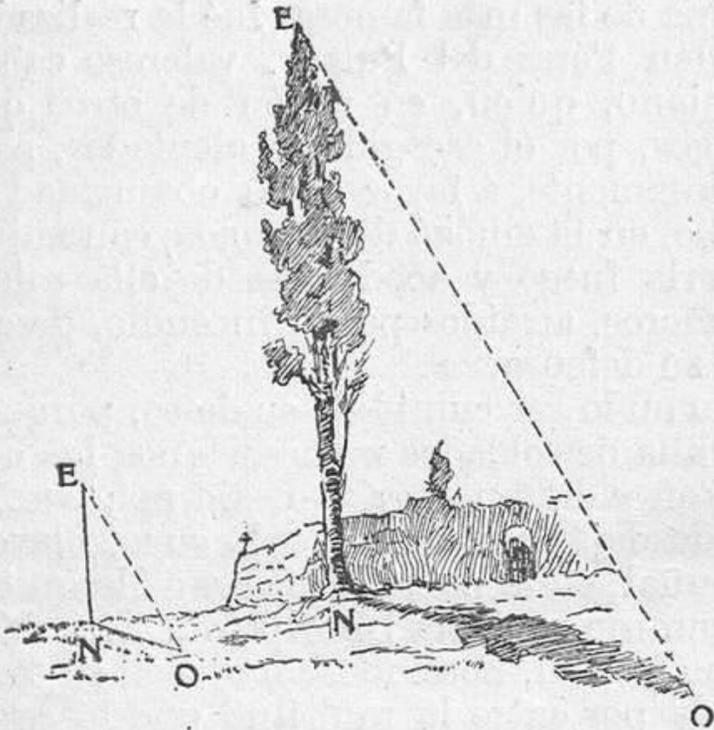
Ezequiel Solana.



— PASATIEMPOS —

PROBLEMA CURIOSO: cómo se halla la altura de un árbol por su sombra.

Tomemos una barra, una estaca de un metro, y clavémoslo verticalmente en el suelo, un día de sol. Midamos la longitud de la sombra de la



barra y la longitud de la sombra del árbol. Con esos datos tenemos suficiente. No hay más que dividir la longitud de la sombra del árbol por la longitud de la sombra de la barra: *el cociente es la altura en metros del árbol.*

Ejemplo.—La sombra de la barra tiene 60 centímetros; la del árbol tiene 9,50 metros. La altura del árbol será $\frac{950}{60} = 15,83$ metros.



CHARADA

En *tercia* y *cuarta* has de ver nombre propio de mujer; un verbo en la *prima* *dos*; otra mujer (á quien Dios castigó por sus maldades en las antiguas edades), aquí en mi *todo*; y, aun digo, lector y querido amigo, que *prima*, *dos*, *tercia* y *cuarta* es *cuarta*, *dos*, *tres*, *primera*; y si lo crees quimera... te convenceré por carta.



Soluciones al número anterior.

UNA SEMANA CON TRES JUEVES

Es, simplemente, un problema de longitudes geográficas. En efecto: considerando dividido el Ecuador en 360° , y teniendo en cuenta que la tierra tarda veinticuatro horas en girar sobre su eje de rotación, tendremos que á

cada una de las veinticuatro horas del día corresponden:

$$\frac{360^\circ}{24 \text{ h.}} = 15^\circ \text{ de ecuador,}$$

ó lo que es igual, que el viajero que recorre 15° de longitud oriental encontrará su reloj una hora atrasado con relación á los del punto en que hace la observación, y si recorre los 15° hacia el Occidente, le hallará una hora adelantado.

Por esto mismo, los 360° recorridos hacia el Oriente nos hacen adelantar una fecha, ó sean 24 horas, y nos la hacen perder si caminamos hacia Occidente.

Aplicada esta teoría á nuestro problema, veremos que el grupo de viajeros que se dirigió al Oriente, cuando recorrió los 360° , es decir, cuando hubo dado una vuelta á la tierra contaba 24 horas más que los que se quedaron en Madrid, y los que marcharon por Occidente perdieron esas 24 horas al rodear la tierra, y así se explica que los viajeros del primer grupo regresaron un miércoles considerándole como jueves y los del segundo lo hicieron un viernes creyéndolo también jueves. Mas como los de Madrid no habían experimentado cambio alguno, se quedaron con su jueves que era el verdadero.

L. G.



LOS NIETOS DE UN CARACOL

Solución: El caracol pone este año 65 huevos que dan 65 caracoles: éstos serán los que haya el año 1908; pero como se cazan la tercera parte

antes de poner huevos, quedarán $65 - \frac{65}{3}$ ó $65 - 22 = 43$ caracoles, que ponen huevos ó que crían. Cada uno de éstos pone 72 huevos y habrá en total $43 \times 72 = 3096$. De estos 3096, son cazados la tercera parte, y por tanto, quedan $3096 - \frac{3096}{3} = 3096 - 1032 = 2064$

caracoles que ponen cada uno 67 huevos, ó sean $2064 \times 67 = 138.348$ caracoles. Veamos ahora cuántos caracoles hay en total el año 1909, descendientes todos del de la figura. Este año da 65, de los cuales se cazan primero una tercera parte y luego la otra; por consiguiente quedan solamente una tercera parte, ó sean 22.

De los 3096 caracoles del 1908 se cazan también dos terceras partes, y quedan, por consiguiente, $\frac{3096}{3} = 1032$.

Los 138.348 de 1909, al salir no sufren disminución alguna, luego el número total que hay en 1909 serán:

$$22 + 1032 + 138.348 = 139.402$$

A la adivinanza numérica, *El cero.*

A la charada, *Sino.*

Imp. Helénica, á c. de N. Millán, P. Alhambra, 3.—Madrid.